



Carlos Valenzuela Solís de Ovando

La mujer de don Ñuflo

-¡Ya, mi niña! Ahora puede echar las hierbas -dijo la vieja desdentada revolviendo las brasas con un atizador- cuando veas un rostro de hombre entre el humo, llámalo y él no podrá resistirse a tu deseo.

-¡Ay, Manuela, me da temor! -respondió doña Anita, la joven dueña de casa. Luego, volviendo el rostro hacia Isabel, su criada favorita y amiga predilecta, le preguntó- ¿No crees tú que esto es malo?

-Pero amita, os sentís sola. El señor don Ñuflo es demasiado viejo para vos y jamás lo veis. Más que un esposo es como vuestro tío. No debéis sentir remordimientos. Por lo demás, estas brujerías de la Manuela nunca dan resultado.

-¡Ya verán, ya verán! -sentenció la hechicera, apartando una guedeja de su sucio cabello con los dedos tiznados.

Convencida de que sólo se trataba de un inocente juego sin mayor trascendencia, la joven cogió un atado de ramas y lo dejó caer sobre el rescoldo. Al instante, una gruesa nube de humo se desprendió del brasero y, luego de tomar la forma de un globo, se estiró en difusos espirales hacia el techo de quinchas de la miserable alcoba.

Algo indefinible y compulsivo obligó a las muchachas a fijar la vista en el centro de la enorme voluta que se mantenía quieta. Lentamente empezó a tomar forma, impreciso al comienzo pero nítido después, el rostro de un hombre. Ambas creyeron que su imaginación les estaba jugando una mala

pasada, o que eran víctimas de un encantamiento, pero cada una podía jurar que los ojos de la aparición, con una mueca burlona cargada de sensualidad y deseo, sólo la miraban a ella.

La fascinación era tan poderosa que ninguna podía apartar la mirada. Sus cuerpos quietos y laxos eran atraídos con fuerza irresistible por la figura. Anita se levantó inconscientemente y estiró los brazos hacia el hombre, mas sus manos chocaron con las de la criada Isabel que hacía lo mismo. Bruscamente se deshizo el encanto y se escuchó la voz cascada de la vieja:

-¡No me creían, ah! Cada una vio al amor de su futuro. ¡Ja, ja, ja!

Lo que ninguna de ellas podía saber, era que ambas habían visto al mismo hombre...

Vivía en Concepción, allá por año 1572, un acaudalado vecino de avanzada edad y precaria salud, don Ñuflo de Herrera, que compensaba la fealdad de su nombre con el sonoro contenido de una enorme bolsa con patacones de oro. A fin de remozar un poco su achacosa vejez y contar con alguien que manejara su espaciosa casa, contrajo matrimonio con una joven santiaguina que aún no cumplía las dieciocho primaveras. Los padres de Anita, preocupados por su futuro, le habían dado a escoger entre la paz del claustro o la de un matrimonio con un vejete cargado de dinero, a quien quedaban muy pocos años.

La vida de la desigual pareja transcurría en la tranquilidad que permitían los azares de la guerra de Arauco. Escasísimas eran las comodidades que podían permitirse los habitantes de la capital de la frontera, y más pobres aún las diversiones con que contaban. Las actividades se desarrollaban puertas adentro, en grandes casonas de tres patios y huerta. Sólo se abandonaban sus muros para los acontecimientos religiosos o para refugiarse en el convento de San Francisco, ante un eventual ataque de los indios.

Tan terrible monotonía del elemento femenino se quebraba únicamente con las tertulias familiares, con la llegada de un barco y nuevos soldados, o con el corro de pelambres en que las pobres mujeres daban alas a su imaginación.

Aprisionada en ese quehacer apacible y sin esperanzas, Anita comenzó a buscar la compañía de las indias y mulatas de su edad que servían en la casa, para compartir con ellas, y hacer más cortas las interminables tardes estivales. Las consejas de brujas y hechizos eran más atractivas que los rezongos y tosidos del vejete, y se alargaban hasta que la noche cubría la ciudad.

Largas conversaciones bajo la sombra de los limoneros con la india Isabel, la criada que había sido destinada a su servicio personal como un regalo de su flamante esposo, la fueron poniendo en contacto con el alma y la naturaleza de esos esclavos, indios, mestizos y mulatos, cuyas hijas y hermanas se encargaban del cuidado de la casa. Se abrió para la muchacha un mundo nuevo y misterioso, preñado de leyendas, supersticiones y ritos extraños, en esos patios arbolados en que se mezclaban seres de tan distinta procedencias: indescifrables africanos, esotéricos araucanos e impasibles indios del Altiplano. Todos ellos, y en especial las mujeres, conformaban una rara enjundia llena de arcanos.

La india Isabel, tan joven y bella como su ama, al hablar de románticos galanes imaginarios, le había sugerido llamar a la machi Manuela, tan experta en hechizos y conjuros, como inexpertas y llenas de deseos eran las mozuelas.

La sesión con la bruja y lo que en ella presenciaron, las dejó alteradas y Anita comenzó a observar un cambio extraño en Isabel. Ya no la miraba con sus ojos transparentes de antes y, en muchas ocasiones, rehuía hablar del tema acostumbrado: el amor. La misma niña se sentía inquieta y en las largas moches en que no podía conciliar el sueño, veía dibujarse en la penumbra el rostro de la aparición. Sentía que esos ojos penetrantes la llamaban y, cosa misteriosa, experimentaba un impulso incontrolable de acudir a ellos.

Mas la joven era valiente y decidida. Juzgando que esas visiones eran obra del demonio, por haberse metido en asuntos de hechicería, encendía una vela y se ponía a orar en un duro reclinatorio de madera, a los pies de un cuadro religioso. Al cabo de un rato sentía su alma reconfortada y sólo la atormentaba la preocupación de haber faltado a su esposo. Cogía la palmatoria y caminaba hasta la habitación del anciano que dormía con la puerta abierta. Permanecía en el umbral contemplándole, pidiéndole mentalmente perdón por haberle sido infiel con la imaginación, mas, al escuchar las toses y gruñidos que el carcamal emitía junto con sus ronquidos, una triste desilusión la envolvía, y comenzaba a vagar por los corredores como alma en pena, tratando de llevar paz a su corazón vacío. Una de esas noches estivales, en que caminaba silenciosa aspirando el perfume de los azahares y contemplaba los rayos de la luna que se filtraban por entre las ramas, fue cuando divisó una sombra furtiva que, luego de salir de uno de los ranchos de la servidumbre, trepó calladamente la pirca de adobones y saltó al exterior.

La niña quedó sorprendida, pues la figura le era familiar. No podía ser uno de los esclavos, porque el caminar arrogante y seguro delataba a un militar, ¡sí, y llevaba espada!, ahora lo podía recordar. Pero, ¿qué hacía un soldado en las habitaciones de las criadas?... ¡Bah, qué tonta!, sólo podía tratarse de una cita de amor... ¡Una cita de amor!, y en la casa donde ella reinaba, ¡qué falta de respeto!, ¡ya pondría las cosas en su lugar!

Volvió a su alcoba estremecida de indignación. Su cabeza era un torbellino de pensamientos encontrados. ¿Cuál de las esclavas podía cometer tal infamia y tan gran desacato? ¿Cómo podía permitirse alguna, pasando por encima de todas las normas que su estado les imponía, el placer que a ella le estaba vedado? ¿Placer? ¿Vedado? Las palabras quedaron resonando en su cerebro y comprendió que no era indignación lo que sentía, sino envidia. ¿Por qué otra, quizá más fea que ella?

Al día siguiente, comenzó a mirar con sospecha a todas las criadas. Rosa, la mulatilla que servía la mesa, era joven y agraciada, y cuando la miraba interrogante bajaba la vista, ¿ocultaría algo?. Juana, la diligente negrita que hacía el aseo, pretextaba algo cada vez que se le acercaba. Antonia la lavandera, ¡no!, era demasiado gruesa. ¿Y si al soldado le gustaban gorditas? ¡Ya, Isabel! Pero la indiecita era su amiga y le habría confiado su secreto. ¿Quién podría ser? Anita se devanaba los sesos tratando de indagar la verdad. Todas eran sospechosas y ninguna lo era.

Transcurrió el día, alternó con todas las criadas como de costumbre, y al caer la noche se tendió a dormir. Nuevamente le acometieron toda clase de pensamientos que le impidieron conciliar el sueño. La visión del hombre que la miraba con lascivia y el impulso de ceder a la tentación, se sumaban ahora al recuerdo de la sombra sigilosa en el patio de la servidumbre. Esa sombra que, siendo furtiva, caminaba airosa como si lo hiciera en su propia casa.

Decidida a averiguar de quién se trataba, se levantó y caminó hacia el corredor de servicio. Sus pies desnudos no producían ruido sobre los baldosines de greda. Sin percatarse de que sólo se cubría con un largo camisón que apenas ocultaba sus formas juveniles, permaneció estática espiando las humildes ranchas, hasta que de pronto vio salir a la misma silueta de la noche anterior. Sin poderse contener, con gran indignación se acercó y le espetó:

-¡Badulaque!, ¿qué hacéis a esta hora en casa honrada?

El hombre se detuvo estupefacto. Jamás pensó ser sorprendido y menos por una figura fantasmal, de larga túnica blanca, que le hablaba desde las sombras.

-¡Repámpanos! ¿Quién sois? -atinó a decir, mientras reaccionaba creyendo que se trataba de una figura celestial que venía a cobrarle cuentas.

-¡Soy la señora de esta casa, y contestad pronto qué hacéis aquí, o llamaré a mi esposo para que os entregue a la justicia!

Al escuchar estas palabras, el bribón comprendió que las tenía todas a su haber y, con gran desparpajo, confesó mientras se aproximaba lentamente a la joven:

-Soy el amante de Isabel, esa india que es tu criada.

La voz sonó extrañamente conocida, y a medida que se acercaba, pudo distinguir que era el mismo rostro que tantas veces la había visitado en su alcoba. Haciendo acopio de valor, pese a las raras sensaciones que sentía, insistió:

-¿Cómo os permitís tal ultraje? ¡Habré de denunciaros! ¿Cómo os llamáis?

-Juan de Carvajal, señora, pero en adelante podéis llamarme sólo Juan

-replicó, escrutando a la tenue luz de la luna las formas turgentes de Anita, que se denunciaban bajo el delgado camisón.- Nada diréis, porque a partir de ahora, os visitaré a vos en vuestra habitación, y si os negáis, contaré a todos mis compañeros de armas que sois mi amante desde hace mucho tiempo.

Anita quedó alelada ante la amenaza, y más aún, por la mirada de ese hombre que tantas veces había visto en sus noches de vigilia. Se sintió dominada y sin poder resistir. Ella también lo deseaba, pero sacó fuerzas de flaqueza para agregar:

-De acuerdo, pero si alguna vez mencionáis algo de esto a cualquier persona, ¡os mato!, ¿habéis entendido?, ¡os mato! -repitió como acallando sus culpas. Luego le cogió de la mano y condujo a su alcoba.

Hay que reconocer que desde ese momento cambió la vida de Anita. De niña pasó a mujer, y junto con perder su inocencia en manos del venturoso galán, comenzó a vivir los días, mejor dicho las noches más felices de su existencia.

Pasó el tiempo, y en la medida que aumentaba la felicidad en el rostro de Anita, crecían las sombras en el de Isabel. Ya no se miraban como amigas,

y cuando la dama sorprendía muestras de contento en sus rasgos, se llenaba de celos pensando que su Juan, antes de abandonar la casa, pasaba a satisfacer las ansias de la indiecita.

Algunos meses después, arribó a la casa de don Ñuflo un hermano de Anita, Rodrigo Blas, que venía de Santiago a enrolarse en las campañas de Arauco. Cuando tras las atenciones de su cuñado quedó a solas con su hermana, le manifestó:

-Antes de venir a veros he escuchado en algunas tabernas unos comentarios que dejan en muy mal pie vuestra reputación, y ello me ha costado más de un duelo. ¡Decidme que han mentido!

Anita quedó sobrecogida. Su amante había hablado. Era un infame que no la amaba y, por fatuidad, pasaba por encima de su honra. Entre lágrimas y sollozos, relató a su hermano cómo había sido presionada por aquel bribón para que accediera a sus requerimientos bajo la amenaza de la deshonra, y la advertencia que ella le había hecho sobre no violar el secreto de sus relaciones.

Rodrigo Blas reaccionó indignado:

-¡Mataré con mis propias manos a ese badulaque!

-No, hermano, lo mataremos entre los dos -sentenció la joven.

Juntos planearon la venganza. Esa noche Rodrigo invitaría a cenar a dos amigos inseparables que le eran muy fieles, para que les ayudaran en la tarea. Doña Anita envió a Isabel con un recado para Juan de Carvajal, advirtiéndole que por estar mejor su marido, dormiría esa noche en la habitación de su hermano, que era la que tenía ventana a la calle.

Cerca de la medianoche llegó Juan de Carvajal a la ventana y llamó suavemente. La niña le esperaba prevenida y mandó aviso a su hermano.

Luego, entreabriendo los postigos, preguntó con voz callada:

-¿Hay alguien en la calle que pueda veros?

-No, está totalmente desierta -respondió el rufián.

-¡Apuraos! -apremió la joven- dadme vuestra espada para que podáis pasar por entre los barrotes.

El galán se desembarazó del arma y de la bandolera y las entregó a la dama. Luego, con grandes dificultades, comenzó a introducirse a través de la reja; mas, cuando tenía medio cuerpo adentro, Rodrigo Blas le asestó un fuerte barretazo que lo mató en el acto. Enseguida, ayudado por sus amigos Francisco Celada y Gerónimo de Almansa, le metieron en un costal y llevaron a enterrar a la viña de un vecino llamado Martín Monje.

Todo habría terminado ahí sin mayores complicaciones, si la víctima no hubiese sido un soldado. Cuando no llegó a presentarse a la hora de la recogida, sus compañeros de aventuras informaron al capitán de la misteriosa desaparición de Carvajal y de sus hablillas. La autoridad militar recurrió a la Audiencia y ésta mandó levantar una información.

Transcurrieron los meses y la investigación no arrojó luces sobre el asunto, salvo las veladas sospechas sobre la esposa de don Ñuflo, tema intocable, dada la alta posición que el vejete ocupaba. Rodrigo Blas y sus compañeros se enrolaron en las levadas para Arauco y partieron hacia el sur, mientras en Concepción dos mujeres rumiaban calladamente su pena y desilusión.

Los escasos noctámbulos que transitaban algo chispos por la oscuridad del callejón, juraban haber visto la silueta de un soldado que caminaba

tambaleando con la cabeza ensangrentada. Y así fueron cundiendo las historias, hasta que cierta noche uno de los serenos que cumplía funciones acompañado por su perro, divisó la fantasmagórica figura. La visión lo dejó helado, pero al ver que el can ladraba alarmado y trotaba en persecución de la sombra, lo siguió apurando el tranco.

A poco andar el animal se puso a escarbar junto a unas vides lanzando nerviosos gruñidos. De pronto apareció el saco y el hombre corrió en busca de ayuda.

Las diligencias se sucedieron con rapidez, y en corto tiempo se esclarecieron los hechos. La Audiencia condenó a doña Ana López a recibir cien azotes en la plaza pública y a ser desterrada por un plazo de seis años. Su hermano Rodrigo, profundamente afectado por este castigo, no alegó en su defensa sino en la de Anita, argumentando que el infame soldado la había obligado mediante golpes y amenazas para accediera a sus deseos. No obstante, fue sentenciado a «ser sacado caballero en una bestia de albarda, con los pies y las manos atadas y con voz de pregonero que manifieste su delito hasta dejarle en el rollo». Allí murió, ahorcado, el 30 de abril de 1573.

De sus socios en la empresa, Celada se salvó pues había muerto a manos de las araucanos. En cambio, Almansa también fue paseado en bestia de albarda y condenado a que le fuese clavada una mano en la picota durante una hora, pena que se conmutó por galeras perpetuas.

El destierro de Anita se cambió por cuatro años de servicio en un hospital, y mientras el viejo don Ñuflo moría en Concepción a causa de la deshonra, la apasionada joven comenzaba a ver, casi enloquecida, la cara de su amante en cada soldado herido que atendía en el hospital.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo